

Cortes y una Constitución, pero no para satisfacer la opinión pública, sino para dar diputados á las Cortes y al país la Constitución de su preferencia.

Así, al convocar en 7 de Mayo de 1822, la Asamblea preparatoria encargada de redactar el proyecto de Constitución no dejó de designar él mismo los diputados ó candidatos á los electores. Protestóse de esto, pero se pasó adelante, y por vicio de origen se comprende que, cuando el día 23 de Julio se presentó O'Higgins delante de esa Asamblea, hechura suya, á abdicar ó á renunciar su dictadura, la Asamblea se la continuara á pesar de las ruidosas

protestas de la minoría que se había abierto paso hasta la Asamblea.

Claro está que, cuando se desafia la opinión, no se hace esto sino por *mor* de la camarilla que empuja, y el jefe de esta camarilla era entonces el ministro de Hacienda Rodríguez, á quien ya O'Higgins había tenido que alejar de su lado en otra ocasión acusado de malversar los caudales públicos en provecho propio, que fué de lo que ahora se le acusó nuevamente por la Asamblea al presentarle una ley para favorecer el desarrollo comercial.

Irritados los ánimos, éstos se exasperaron aun



JOHN RENNIE

más al ver llegar á San Martín, pues mientras la caída de éste les alentaba á emprender la campaña contra O'Higgins, su presencia en aquellos momentos, al lado de su gran amigo, hacía temer á los chilenos que San Martín no volviera á ganar la confianza de su amigo y no tuviera la dictadura, para el mal, dos cabezas.

Envenenóse todavía la situación por la intemperancia de San Martín, que no vaciló en acusar á Cochrane, —11 de Marzo,—respondiendo este punto por punto al exdictador del Perú el día 19 de Junio, tan pronto hubo regresado á Valparaiso.

O'Higgins no podía desautorizar á Cochrane, así le dió la razón, pero prohibiéndole publicar su Memoria justificativa, bajo el pretexto de que con ello se servían los intereses de los enemigos. Pero para signicarle su desagrado, principió á tratarlo desde entonces con la mayor indiferencia, con lo que no hizo más que empujar á Cochrane para que se fuera al campo de sus enemigos.

Cochrane, sin embargo, todavía procuró salvar á O'Higgins al estallar la tempestad.

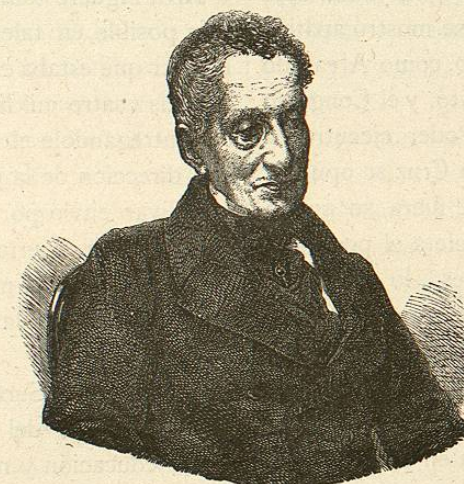
Habíase formado ésta en las provincias de Coquimbo y de la Concepción, El general Freire que allí mandaba estaba al frente del partido *penquista*, al cual había pertenecido el mismo O'Higgins, y que quería establecer la capital de Chile en Concepción á causa de la benignidad y salubridad de su clima, hermosos alrededores y espacioso puerto. O'Higgins que se apoya ahora en los antiguos carreristas para parar el golpe, principió por dar á esas provincias menos representación de la que les tocaba en Cortes, y luégo, para desorganizar el movimiento de resistencia, separó á Freire de su puesto y nombró para sucederle á S. Cruz, —8 de Diciembre.—Entonces Freire, retirado á Coquimbo, concentró las tropas que se pusieron á su lado y reunió una especie de representación provincial para que formulase las reivindicaciones del país, de modo que no parecía sino que era á Rodríguez y no á O'Higgins á

quien se apuntaba. Este se engañó, pero no Cochrane, que no vaciló en aconsejarle que alejara de su lado al odiado ministro, pero á esto no consintió O'Higgins sino cuando ya era demasiado tarde, esto es, á primeros de 1823, cuando los pronunciados de Coquimbo habían entrado en la ciudad de Aconcagua, encontrando en todas partes la mejor acogida, y cuando los soldados que O'Higgins llamó contra Freire le habían negado la obediencia.

Valparaiso se unió también á Freire, con lo cual cobrando aliento la oposición parlamentaria convocó para el 28 de Enero de 1823, un cabildo abierto que impuso á todos por el número é importancia de los que acudieron.

O'Higgins, que había conseguido con sus exhortaciones reunir á su alrededor algunas tropas, se presentó ante el Cabildo abierto á declarar que aun cuando aquella asamblea era facciosa y él podría disolverla por medio de la fuerza, no lo hacía porque estaba conforme con que se nombrase un Congreso. Pero lo que se proponía en esto el oligarca, era ganar tiempo; pero apretado de cerca, no tuvo más remedio que dimitir y le sucedió una Junta, formada por su consejo, en la que aparecieron los hombres moderados de la revolución, los Eyzaguirre y los Infante.

Esto nos dice que el Congreso no se atrevió con O'Higgins, y tan cierto es esto, que no le devolvió



PRÍNCIPE METTERNICH

á la vida privada sin gran solemnidad, conduciendo procesionalmente al dictador á su casa; pero no era este el criterio de los jefes militares del pronunciamiento; así Freire no perdió la ocasión de echarle mano á O'Higgins, á quien hizo prender en Valparaiso en el momento mismo en que iba á embarcarse, enviándole desde luego á los tribunales de justicia. Esto hizo temer por de pronto una catástrofe, pero los Tribunales después de una detención que duró cinco meses, le absolvieron, retirándose al Perú, de donde no regresó jamás á su patria.

Tampoco San Martín pudo ver de nuevo la suya. Cuando vió los asuntos de Chile embrollados, se retiró á Mendoza, y después á Buenos Aires, de donde salió para ir á mandar un cuerpo de tropas en la Banda contra los brasileños, pero inspirando siempre recelos, fué revocado de su mando. Al morir su esposa, se embarcó para Europa en medio de la indiferencia general. En 1828 pensó en volver á su patria al saber que en ella había estallado la guerra civil, pero no se atrevió ni siquiera á desembar-

car, de modo que hizo el viaje en vano, pues regresó á Europa, se estableció en París y en esa ciudad falleció. De esta manera el libertador de Chile y de Perú pasó los veinticinco últimos años de su vida.

En tanto en el Perú, acentuándose cada vez más las corrientes democráticas gracias á la dirección que al movimiento imprimió Luna Pizarro, presidente de la Cámara, no se pudo llegar á la constitución de un poder ejecutivo fuerte, cuando aun los españoles tenían el campo, nombrándose en consecuencia un triunvirato, cuyo presidente era el general Lamar, que un año antes mandaba por España en el Callao, y del cual formaba parte Alvarado.

La Junta demostró desde luego no estar á la altura de las circunstancias, y ni Alvarado ni el inglés Miller supieron impedir á Valdés y á Canterac sus excursiones por la costa.

Alvarado partió, en fin, para Arequipa en Enero de 1823, cuando ya la vanguardia de Canterac se había unido á Valdés en Torata. Supiera ó no esta unión, que quería impedir, se hizo batir por los ge-



nerales españoles en Maquegua, después en Ilo, en donde procuró poner en salvo el resto de las fuerzas que le quedaban, embarcándolas para Lima.

Estos triunfos exaltaron al partido realista, que se consideró dueño de la situación, y en efecto, si Valdés y Canterac con sus nueve mil hombres se hubiesen arrojado sobre Lima, la Revolución hubiera recibido una herida grave; pero se entretuvieron en consolidar sus tropas, en esperar noticias de España, y en presenciar impasibles el desenlace de los acontecimientos políticos, y con esto perdieron la ocasión de dar un buen golpe á sus enemigos.

Había, en efecto, el peligro hecho comprender que era necesario concentrar el gobierno del Perú en manos más enérgicas que las de la Junta, bajo cuya dirección el mismo Arenales se mostró apático é irresoluto. Al ver, pues, el pueblo, como Alvarado había salido de su campaña, se agitó, y el Congreso disolvió la Junta, entregando el Poder ejecutivo á Torre-Tagle, pero el general Santa Cruz se opuso á su encubramiento, logrando que fuera su amigo el coronel Riva Agüero quien ejerciera el poder supremo bajo la vigilancia del Congreso, lo cual no se compaginaba con las necesidades del momento.

Riva Agüero era el hombre más popular del Perú; por esto los generales no vacilaron en elevarle á la presidencia, á pesar de no ser más que un coronel. La elección fué recibida en todas partes con inmenso júbilo, esperando de su energía y de su carácter que imprimiría en todas direcciones el movimiento y la actividad.

Demócrata por temperamento y por nacimiento, lo era, sin dejar por esto un momento sus maneras aristócratas y su trato distinguido, presentándose siempre reservado y prudente delante de las exageraciones ultra-democráticas del Congreso, con el cual tuvo ya que contender casi desde el principio de su presidencia.

No se habían equivocado los peruanos. Tres meses bastaron á Riva Agüero para tener un ejército y una armada, y un plan de campaña decisivo, basado en la cooperación de los ejércitos de Colombia y de Chile.

Amenazada siempre Lima, Riva Agüero envió á mediados de Marzo á Santa Cruz al frente de cinco mil hombres con instrucciones muy precisas á Arica, pues le previno que no aceptase jamás combate alguno sino en el caso de tener su retirada bien asegurada y ser doble el número de sus tropas de las de su enemigo. Luego que se le juntaron tres mil chilenos que se esperaban de Valparaíso, debía emprender las operaciones contra el Alto Perú, previa

su reunión con las tropas que se estaban juntando en Jujui y Salta. Las reservas se encontraban á la vez en los departamentos de Trujillo, Huailar y Lima.

Este plan no estaba mal combinado; pero ¿cómo alabar su prudencia? ¿cómo encontrarlo acertado y conveniente, si él iba á buscar el enemigo á lo lejos cuando estaba á las puertas de Lima? Esto es lo que pudo ver el presidente tan pronto Valdés pronunció su movimiento sobre Lima, entonces se vió sin tropas que oponerle y al Callao en poder de los colombianos en donde estaba el general Paz del Castillo, á quien reforzó con tres mil hombres Bolívar, tan pronto supo la derrota de Alvarado.

Riva Agüero tomó, sin embargo, la única resolución posible en tales circunstancias, y fué llamar á Bolívar que estaba en Guayaquil, para que acudiera con sus cuatro mil hombres á la defensa de la capital, entregándole el mando de las fuerzas peruanas y la dirección de la guerra.

Bolívar envió por delante á su diplomático ministro de la Guerra, al general Sucre, para que tomara en Lima el mando de las tropas de Colombia é hiciera saber las condiciones que Bolívar ponía á su cooperación.

Antonio José Sucre pertenecía á una rica familia de negociantes del Cumaná; había recibido una buena educación y no tenía más que treinta años. Dotado de una hermosa y arrogante figura, retratabase en su rostro bronceado por el sol de sus campañas, la energía de su alma junto con la bondad de su natural. Bravo en el peligro, jamás perdía en los momentos difíciles la serenidad que hace ver por donde se puede salvar una situación comprometida, y como en su vida no había mancha alguna, no es de extrañar que amigos y enemigos le llamaran el hombre «verdaderamente grande,» para distinguirlo de tantos hombres grandes (?) creados por la revolución.

Todas estas cualidades juntas con la de ser un hábil diplomático, le constituían en un hombre de mucho superior á Bolívar, pero lo que más le enaltecía era su sumisión y su cariño por su jefe, de quien se sentía orgulloso de merecer su confianza.

Sucre en Lima trabajó desde luego para que el Congreso abdicase sus atribuciones político-militares en Bolívar, lo que consiguió en 4 de Mayo secundado por los enemigos de Riva Agüero, que veían bien claro que Sucre trabajaba para anularlo, para lo cual propuso que el presidente y el Congreso se retirasen al Callao, pretextando el avance de los españoles.

Canterac, en efecto, se iba acercando, y su avance fué suficiente para sembrar el pánico en Lima y disolver de hecho el Congreso, quedando en la capital sólo los diputados llamados *godos*, esto es, los que se presentía que estaban dispuestos á abrazar de nuevo la causa de España ó á proclamar la monarquía. Setenta y nueve diputados se quedaron, pues, en Lima, dispuestos á recibir á Canterac, mientras que treinta y ocho diputados con el presidente escapaban al Callao, en donde se constituyó el Congreso, que continuó legislando, á pesar de no estar en número para hacerlo.

Cuando Canterac entró en Lima,—18 de Junio,—el Congreso escapó á Trujillo, nombrando antes á Sucre generalísimo de los ejércitos, de modo que despojaron á Riva Agüero del mando de las tropas que por la ley le correspondía, quedando con esto anulado. Sucre, que comprendía que aquello era atrevido y sobrado revolucionario, se excusó de aceptar lo que le ofrecía el Congreso si el presidente no lo rectificaba; pero Riva Agüero desmayó al verse con su familia rodeado no más que de enemigos en el Callao, y en vez de negar su aprobación á lo hecho, sancionó el nombramiento de Sucre,—20 de Junio.

Riva Agüero habíase limitado á protestar delante de tres personajes de lo que se le obligaba á hacer, pero cuando se vió tres días después formalmente depuesto, se revistió de toda su energía, comprendió que había comprometido con sus debilidades su dignidad, y se resistió, bastando este arranque para que se le sometiera al día siguiente el Congreso, lo mismo que Sucre que comprendió que se había adelantado demasiado, de modo que ahora Sucre, para salvar su situación abandonaba al Congreso á su suerte, haciéndole saber que él con sus tropas para nada se mezclaría en los asuntos peruanos. Pero al mismo tiempo y con la mayor astucia alentaba al Congreso para que se desembarazase de Riva Agüero tan pronto llegara á Trujillo, lejos del teatro de la guerra, en tanto él por su parte, hacía los trabajos necesarios para conseguir la disolución del Congreso.

Salieron Congreso y presidente para Trujillo, el 26 de Junio, y al llegar cerca de Huara, en donde estaba concentrado el ejército por él organizado, para abrir la campaña contra el Alto Perú, pensó valerse de él para disolver violentamente el Congreso, principiando por hacerse dirigir peticiones por el pueblo en este sentido; pero su extremada circunscripción hubiera inutilizado sus propósitos, á no saber el 17 de Julio que el Congreso se había

reunido en secreto para realizar su proyecto conforme al plan de antemano convenido con Sucre. Así que, adelantándose Riva Agüero pronunció la disolución del Congreso, que reemplazó con un Senado compuesto de diez miembros que eligió de entre los diputados del Congreso uno por cada provincia. Todo lo cual se hizo sin protestas ni tumultos.

¿Qué iba ahora á hacer Sucre?

Sucre ocupó á Lima tan pronto Canterac se vió obligado á abandonarla, por serle extremadamente difícil aprovisionarla y saber que se iba á atacar el Alto Perú, saliendo para Huancavelica.

Dueño de Lima, Sucre estaba en condiciones de proclamar la hegemonía Colombiana y Riva Agüero esperaba que esto se hiciera de un momento á otro, pues ya para él, los colombianos eran unos pérfidos aliados.

Sucre que comprendía toda la gravedad de la situación, lejos de quedarse en Lima y proclamar allí la autoridad de Colombia, se embarcó para el Sud á fin de ponerse al frente del ejército y marchar al Cuzco por Arequipa, dejando al marqués de Torre Tagle en Lima, encargado de las funciones de la presidencia. Si ahora Riva Agüero viendo la indecisión de Sucre se hubiese presentado en Lima, no hay duda de que se hiciera dueño de la situación, pues los colombianos de Manuel Valdés que estaban de guarnición en Lima, no se hubiesen atrevido á poner la mano sobre el presidente; pero Riva Agüero no vió esto claro, por lo contrario, no vió en Lima más que enemigos, y viendo á los suyos del país concertados con extranjeros, con chilenos y colombianos, creyó que á él le era permitido concertarse con los españoles.

El ejército español pasaba por un momento difícil. Era un ejército liberal y constitucional y sabía como había acabado el movimiento liberal en España; con esto el sentimiento patrio, único que en América podía inspirarle, se sentía dolorosamente impresionado ante un enemigo al cual había ofrecido con la paz la libertad constitucional de España y al cual había ahora de combatir en nombre del absolutismo. Se comprende, pues, que en tales circunstancias el descorazonamiento se apoderara de aquellos valientes y que Riva Agüero creyera poder tratar con ellos bajo la base de la independencia del Perú.

Descubiertas estas negociaciones, pero falazmente presentadas al pueblo, nada fué tan fácil como acalorarle contra el presidente á quien se calificó de traidor, como lo hizo Torre-Tagle que acababa de